

Frank Furedi (2018). *Qué le está pasando a la Universidad. Un análisis sociológico de su infantilización*. Madrid: Narcea de Ediciones (Col. “Universitaria”). 220 págs. ISBN: 978-84-277-2411-2. ePdf: 978-84-277-2412-9. ePub: 978-84-277-2413-6

Alberto José Pazo Labrador
apazo@uvigo.es
Universidad de Vigo

Fecha de recepción 15/01/2019 · Fecha de aceptación 18/08/2019

Dirección de contacto:

Alberto José Pazo Labrador

Facultad de Ciencias da Educación e do Deporte

Campus A Xunqueira, s/n

36005 PONTEVEDRA

Frank Furedi, profesor emérito de Sociología en la Universidad de Kent (Reino Unido), autor curtido en mil batallas que confiesa haber sido activista de campus en la década de los 60, nos ofrece en este libro la mirada de un observador, entre perplejo y alarmado, sobre la inquietante deriva que se evidencia en las universidades anglosajonas en los últimos años, y que sin duda estamos importando en muchos aspectos a nuestro ámbito académico. La constatación de un asombroso giro paternalista en la Universidad, y la paralela asunción de un insólito conformismo por parte de sus integrantes, parece proceder, según el autor, del papel socializador que la Universidad se ha visto obligada a asumir y que históricamente se asociaba a la escuela Primaria o Secundaria. Y las consecuencias se manifiestan en la puesta en cuestión de la libertad de expresión y de la libertad de cátedra, en la censura de contenidos “incómodos”, en la reclamación de espacios seguros, en la demanda de protección y de guía ante supuestas “ofensas” de un mundo intelectual “hostil”, en una auténtica regulación moral.

El autor contempla atónito cómo se extienden a todos los ámbitos de la vida universitaria las reglas de comportamiento y de conducta, en busca de ese conformismo con los valores dominantes que parece haber hecho retroceder a la

Universidad muchas décadas. Furedi nos detallará, con mucha pulcritud e intentando atenerse de la forma más objetiva posible a los hechos, situaciones alarmantes que los campus estadounidenses, británicos y australianos conocen con demasiada frecuencia, como son los casos de oradores vetados por sus ideas “perniciosas” (veto que reclaman incluso los propios estudiantes), las peticiones para que los docentes adviertan de contenidos “sensibles” en sus asignaturas, la demanda de “seguridad” en la vida del campus, la proliferación ya aludida de normas de expresión y de conducta (que pueden parecer increíbles desde nuestra perspectiva, pero a lo mejor no tanto), la criminalización del pensamiento y de las presuntas expresiones “ofensivas” para ciertos colectivos, o lo que considera muy gráficamente como “la subyugación de la vida del campus a las exigencias de las políticas identitarias”. Todo esto lo enmarca en la “infantilización” que, a su juicio, conoce la Universidad y que encabeza el significativo título del libro, que se propone analizar desde un punto de vista sociológico, y que apunta a “que la línea que tradicionalmente dividía la educación secundaria de la superior se ha vuelto inexacta” (p. 15), lo que en parte es resultado de las dificultades que ha encontrado la sociedad en la socialización de los jóvenes, papel que ahora asume, un tanto dócil y acríticamente, esta institución.

De este modo, la Universidad ya no será ese lugar al que lleguen los jóvenes a ponerse a prueba, a abrir sus mentes, a experimentar y a asumir riesgos (los riesgos de la vida adulta, por otra parte), sino un ámbito donde se les valide, se les apoye, se les proteja, que se sitúe, en esencia, “in loco parentis”. El problema de esta “buena volun-

tad” aparente es que los jóvenes pierden su condición de adultos maduros, responsables, capaces de tomar las riendas de su vida con sus decisiones, y se convierten en sujetos “vulnerables” que buscan seguridad (la “deificación de la seguridad”, lo llama el autor, como trasunto de lo que ocurre en la sociedad en general) y protección por medio del apoyo institucional y de diversos mecanismos de intervención: “la vida en el campus se ha organizado en torno a la tarea de ofrecer servicios, apoyo y, en efecto, infantilizar a los estudiantes, cuyo bienestar supuestamente requiere de intervención institucional” (p. 20), para hacer frente a la “vulnerabilidad” y “fragilidad” de la que hacen gala según este sesgo paternalista.

Cada uno de los capítulos es un torpedo a la línea de flotación de toda una serie de verdades sobrevenidas del conformismo contemporáneo. En el primero, *Convertir las emociones en un arma arrojada*, carga contra lo que denomina “cultura de la terapia” que impregna la Universidad del siglo XXI de una medicalización de las turbulencias emocionales. Se asume que toda una serie de tensiones emocionales propias de la vida adulta y que pueden inducir un estrés (saludable), deben ser tratadas por terceros, por especialistas del más diverso pelaje (psicólogos, mediadores, asesores, orientadores...) y no autogestionadas por el individuo que debería desarrollar, como adulto, las estrategias para hacerles frente. Se da, por tanto, la paradoja de que la sociedad, y el sistema educativo en particular, insisten repetidamente en los ideales de autodeterminación y autonomía del individuo, propias de un adulto responsable e independiente, pero a la vez fomentan la idea de la “calidad fundacional de la debilidad humana”, la fragilidad innata del ser humano, lo cual implica la infantilización del adulto que no es capaz de lidiar por sí solo con los daños psicológicos y emocionales que presuntamente proceden de su entorno académico. El adulto infantilizado, “desempoderado”, protegido, el alumno universitario frágil, tiende a percibir los asuntos existenciales como conflictos emocionales, que se ven bajo el prisma de la salud mental y por ello requiere del auxilio de especialistas, refrendado institucionalmente e interiorizado por los procesos previos de socialización y educación.

Lo que el autor ejemplifica en la Universidad anglosajona, no es ajeno en nuestros campus. Véase si no la propagación a bombo y platillo de

informes sobre el incremento de los problemas de salud mental entre los universitarios por parte del Colegio General de la Psicología en España (Infocop, 27-2-2019), que aparte de delatar la defensa (legítima) de intereses gremiales, da pábulo a que se desarrollen aquí lo que el propio Furedi llama “profecías autocumplidas” (o el conocido teorema de Thomas): si un joven que accede a la Universidad piensa que se va a encontrar un ambiente hostil para su equilibrio emocional, indudablemente se lo encontrará, pudiendo llegarse a situaciones ridículas como que la comunicación profesor-alumno a raíz de un conflicto menor (discrepancias por una nota, por ejemplo) tenga que llevarse a cabo, quizás, a través de mediadores que aseguren la estabilidad emocional del frágil estudiante.

El capítulo 2, *Los daños que afectan a la Academia*, abunda en la constatación de lo que llama “la medicalización de la experiencia universitaria”. La aplicación de etiquetas médicas a cualquier experiencia que pueda tener un estudiante en su día a día en la Universidad, en la creencia cada vez más extendida de que el proceso de enseñanza-aprendizaje puede inducir traumas, ha hecho que, en ocasiones, diversos profesores hayan optado por “adoptar una pedagogía en la que el contenido está sujeto a las exigencias de las preocupaciones terapéuticas” (p. 61), con lo cual, en algunos campus se han llegado a catalogar como “problemáticos” diversos temas y textos que deben dejarse a un lado para no dañar las emociones. Y según el autor esto ocurre con temas, palabras o textos que en el pasado no habrían producido “ni un pestañeo”, como es el caso, por ejemplo, de los que se tratan en diversas obras de la literatura clásica. Sin negar la posibilidad de que un estudiante pueda sentirse “traumatizado” o “agredido” por ciertos contenidos, lo que el autor cuestiona es la importancia que se le puede llegar a dar a lo que en otras épocas serían consideradas meras experiencias desagradables, que un adulto responsable debe tener capacidad y madurez para gestionar.

Ver al estudiante como víctima que necesita apoyo y protección ante el “daño” intelectual, propende a una infantilización que deriva de un proceso de socialización que, según el autor, ha desalentado en los jóvenes el hábito de la independencia. Si la Universidad, siguiendo a la sociedad en sus prácticas de crianza y socialización, espolea al estudiante a percibirse, a considerarse como un individuo psicológicamente frágil, el

umbral emocional desciende a niveles muy bajos. La tesis de Furedi nos lleva a pensar que la institucionalización de las prácticas terapéuticas comporta el incremento de los síntomas de sufrimiento psicológico entre los estudiantes, infantilizados ante un entorno "hostil" y hasta "cruel" para su equilibrio emocional.

Continuando con el análisis, el capítulo 3, *La cultura de la guerra*, pone de manifiesto un rasgo del imaginario cultural contemporáneo, como es la posición a la defensiva frente a las continuas amenazas, reales o imaginadas, a las que se exponen los miembros de la sociedad, y concretamente las amenazas a la identidad cultural, que pueden materializarse en ofensas. Se impone así una "cultura de la vigilancia" que, tratando de evitar las ofensas o el maltrato a la diversidad de identidades culturales que tienen cabida en ella en la actualidad, contradice frontalmente los valores que debe encarnar la Universidad, donde las afiliaciones culturales no habrían de tener relevancia en el trabajo académico; éste no ha de entender, o al menos no prioritariamente, de orígenes étnicos o de estilos de vida de los que lo realizan, sean docentes o estudiantes. Evidentemente, siempre que se considere a la institución universitaria (lo que a veces parece que no es así, incluso en nuestro entorno) como un lugar donde impere la tolerancia y el respeto a todas las opiniones como un valor "fundacional": la meritocracia –consustancial a la vida universitaria– a través de los logros científicos no ha de depender de la pertenencia a grupos minoritarios, a colectivos que se sientan marginados o de afiliaciones culturales diversas. Según el autor, en los campus anglosajones opera de una forma cada vez menos solapada una auténtica "policía de la cultura" para velar por el bienestar de aquellos miembros que puedan sentirse ofendidos o amenazados por textos, ideas u opiniones "inconvenientes".

El capítulo 4, *La metáfora del "espacio seguro"*, es muy sustancioso y se centra en el análisis de lo que considera otra de las novedades de la sociedad general que se materializa en los campus, donde los estudiantes asimilan un espacio "seguro" con un entorno donde se valide su identidad y no se cuestionen sus opiniones. Como sugiere el autor, el "espacio seguro" es una metáfora cultural, trasunto de la importancia que nuestra sociedad atribuye a la "seguridad" como un fin en sí misma en un mundo pleno de incerti-

dumbres y que propicia un miedo existencial, algo que ya hace años indicó Anthony Giddens al hablar de la aspiración general de la sociedad contemporánea a una "seguridad ontológica", como necesidad de una sensación de orden y continuidad frente a lo incierto. Lo cuestionable es la manera en que los estudiantes asumen, como se decía, este espacio seguro al asociar seguridad a aceptación acrítica de sus ideas, a ausencia de debate o de propuestas de ideas que agredan sus opiniones asentadas o su autoestima o su identidad. Es por ello que el autor habla de auténticas "cruzadas" contra el juicio y contra el pensamiento crítico, al constatar unas tendencias cada vez más frecuentes en los campus, que llevan a confundir el juicio o la puesta en cuestión de las ideas con un ataque personal o a las identidades. Y esto enlaza con lo que Furedi recuerda constantemente a lo largo de la obra, que los alumnos universitarios no tienen capacidad de afrontar la crítica o la decepción o puntos de vista que se opongan frontalmente a su identidad. Según él, el aula segura propicia una suerte de inmunización de los estudiantes ante presiones intelectuales y críticas, precisamente cuando la enseñanza y el aprendizaje en la Universidad deberían caracterizarse por el fomento del análisis crítico, el cuestionamiento de todo tipo de verdades establecidas o sobrevenidas, por el debate y la adopción de riesgos intelectuales, lo cual redundará en el fortalecimiento de la capacidad del pensamiento y el juicio independientes. Si lo que se busca es que el estudiante se sienta cómodo y evite el estrés ante determinadas ideas o pensamientos, el corolario inquietante es que el docente opte por la autocensura en su práctica académica. Evitar en el aula o suprimir del programa ciertos temas que puedan ser sensibles y "molestos" a estudiantes pertenecientes a ciertos colectivos, minorías o grupos étnicos o ideológicos (a veces de forma ridículamente sutil, como demuestra el autor), no llevará más que a empobrecer lo que debería ser un rico caldo de cultivo para la inteligencia y quizás dar un paso más en la imposición del pensamiento único más conformista.

En el capítulo 5, *Purificación verbal o "medir las palabras"*. *La patologización de la libertad de expresión*, el autor va un paso más allá en esa idea de la visión paternalista de la Universidad ante el cuestionamiento de la capacidad de las personas para discriminar la información que puede ser "correcta" o "incorrecta". Y lo hace

constatando otra de las tendencias preocupantes en los campus, como es la emergencia de lo que denomina un “gobierno lingüístico” en aras de la “purificación” del lenguaje. Deben “medirse las palabras” para no ofender, para no dañar la autoestima de los alumnos o su equilibrio emocional, atendiendo a una orientación prescriptiva y censora muy preocupante. Cada vez son más las palabras tabú que se catalogan en algunas universidades y que constan por escrito en “manuales” de comportamiento y de expresión correcta, considerando que determinados términos políticamente cuestionables pueden provocar ofensa y estrés; es decir, estamos ante una nueva medicalización, en este caso de palabras presuntamente peligrosas por “ofensivas”. La censura o la autocensura son, por lo tanto, herramientas terapéuticas para no dañar emociones, autoestimas ni identidades. Sucede que la percepción del significado de las palabras es a menudo distinto según las personas, con lo cual puede ocurrir que la utilización bienintencionada de algunos vocablos pueda producir impactos muy distintos de los esperados. Y ello conduce, en última instancia, hacia algo peligroso que es la pérdida del valor cultural que se le atribuye tradicionalmente a la libertad de expresión. Por esta razón, y siguiendo la lógica, será lícito que los oradores que expongan opiniones políticamente incorrectas según las reglas de control del campus, sean vetados para no dañar a la audiencia estudiantil, olvidando un principio claro que es que dejar hablar a una persona libremente constituye la manera más adecuada para poder desmontar sus argumentos. Pero si se supone, como insiste el autor, que los estudiantes no tienen la capacidad de evaluar o enjuiciar críticamente opiniones presuntamente inconvenientes u ofensivas, se les está infantilizando, dejando que otras personas o instancias decidan por ellos.

En el capítulo 6, *La teoría de la “micro-agresión”. La hipervigilancia sobre las formas y el pensamiento*, plantea el autor otro de los problemas que detecta en lo que llama la “guerra cultural en la educación superior” y que se une y completa a las circunstancias relatadas hasta ahora. Se trata de la “micro-agresión”, que puede surgir de cualquier tipo de comunicación interpersonal, especialmente entre individuos de distintas ideologías e identidades. Los miembros de la comunidad universitaria están, o se les hace estar, hipersensibilizados ante palabras u opiniones que puedan suponer una expresión de injusticia cara a una persona o grupo de personas. Ello lleva a que, en un nuevo nivel de burocratización

de la vida en los campus, las denuncias, anónimas o no, de estas “micro-agresiones” se inciten y estén a la orden del día, como una manifestación más de la regulación paternalista de los conflictos y las conductas; es el mundo al revés: el informante, que siempre ha gozado de mala fama como traidor ahora se convierte en un héroe. Pero de este aliento de la delación, tampoco estamos lejos en los campus españoles, a poco que analicemos con cierto sentido crítico los instrumentos utilizados para la acreditación de títulos oficiales o las encuestas, anónimas por supuesto, para la evaluación del profesorado por parte de los alumnos, que vinculan además su remuneración salarial. La libertad de expresión y la libertad de pensamiento y de comportamiento, consustanciales a la vida universitaria, se ven coartadas así por instrumentos disciplinarios que en el fondo suponen un férreo control administrativo, bajo la excusa de que cualquiera tiene derecho a ser defendido ante presuntas ofensas. Y todo ello aboca a que las directrices de modales y expresión que publican ciertas universidades anglosajonas, algunas en la vanguardia académica mundial, nos retrotraigan, según el autor, a los manuales de comportamiento y urbanidad de siglos pasados. No podemos, por menos, que recordar una viñeta humorística aparecida en el diario “El País”, el 16 de febrero de este 2019. En ella se ve a un chico joven que confiesa a otro que debe tener algún tipo de tara porque no se siente ofendido por ningún tipo de expresión artística, por ideas o por opiniones cualesquiera que sean y, al contrario, se muestra abierto y tolerante con ellas. Ante la incredulidad de su interlocutor, el protagonista decide que va a poner una denuncia por esta situación para solucionarlo.

El capítulo 7 se titula *El conflicto cultural sobre los valores fundamentales. La búsqueda de nuevas etiquetas*. Nuevamente aflora el espíritu conformista y prescriptivo que impregna el sistema de valores de la Universidad actual, pero es, según el autor, un trasunto de lo que ocurre en los últimos años en la sociedad occidental en general, testigo del desarrollo de planteamientos prescriptivos y legalistas en la gestión de multitud de asuntos cotidianos, a los que la institución universitaria da cobertura intelectual. El lenguaje del perjuicio psíquico invade las relaciones interpersonales, que han de ser gestionadas de forma profesional, de manera que el experto adquiere autoridad en su ayuda por solucionar los agravios que se manifiestan por las quejas de los estudiantes. Pero es que estos agravios o perjuicios son

asumidos hasta el punto de que los alumnos, biológicamente maduros en teoría, requieren una constante dirección y guía por parte de los expertos (casi una guía "espiritual"), lo cual los infantiliza. El estudiante, con una actitud de "eterna dependencia", requiere –exige– una experiencia universitaria gratificante, sin agravios ni ofensas (aparentes o reales), donde no conozca conflictos y sea halagado por la institución. Como constata el autor, y tampoco nos es ajeno, la situación ha derivado en que "los intentos por "mejorar" la experiencia del estudiante llevan normalmente a rebajar el nivel de exigencia para hacer que la vida sea menos difícil. Los administradores en el Reino Unido se han doblegado y han retrocedido para acomodarse a las quejas de los estudiantes sobre el material de las asignaturas para instruir al personal docente para que se comporten y brinden más recursos –apuntes de clase, lecturas, modelos de trabajos– de modo que los universitarios se liberen de la molestia de asistir a una clase o visitar una biblioteca" (p. 166): el alumno de escuela y el de Universidad, ya no son muy distintos, hay que evitar la tensión, la desconfianza y cualquier conflicto potencial debe ser atajado por expertos y evitado por la propia institución, no sea que haya trauma.

El capítulo 8, *Advertencias de contenido*. *La representación de la conciencia*, analiza una de las circunstancias que mejor ejemplifica los rasgos culturales de nuestro tiempo. Es la exigencia, por parte de los propios académicos y de los estudiantes, de que se advierta sobre el contenido de temas, debates, ideas, potencialmente dañinos, a través, de nuevo, del empleo de una narrativa terapéutica que considera la vulnerabilidad y la fragilidad humanas como estados normales del ser, en este caso del estudiante universitario: el paternalismo de nuevo en su máxima expresión, que se transforma, poco a poco, en una nueva censura; lo sorprendente es que, según constata el autor, son los propios estudiantes los que muchas veces están a la cabeza de estas reivindicaciones. Nos provoca estupefacción leer lo siguiente: "Que los estudiantes se manifiesten para que se les indique qué es y qué no es un texto incómodo es una novedad asombrosa de las políticas del campus. Y aún así, estos llamamientos se han convertido en un importante rasgo de la protesta de los campus a lo largo de todo el mundo angloamericano" (p. 175). La teoría psicológica del "trauma" es la que fundamenta este proceder que

encubre, sin embargo, la censura pura y dura de cualquier asunto que se atisbe como problemático y pueda desencadenar incomodidad en el alumno. Los estudiantes vulnerables están sometidos a riesgos psicológicos ante argumentos incómodos y, en este sentido, las advertencias de contenido se venden como una herramienta de protección: lo que ocurre es que "la medicalización de la vida del campus legitima las prácticas antiliberales" (p. 180), que acallan debates y controversias. Que un texto o un tema puedan ser catalogados como "sensibles" o "controvertidos" no es algo que esté sustentado en investigaciones rigurosas que así lo demuestren fehacientemente (como debería ocurrir en la Universidad, donde se ha de buscar por encima de todo la explicación y la comprobación de hechos) sino en la reacción potencial del vulnerable estudiante. Y esto atiende a cuestiones como el multiculturalismo, los roles de género, la raza y las etnias o la discapacidad, que son sometidas a una suerte de "actitud evitativa del riesgo en el aula". Claro que "una vez que la enseñanza de un tema académico quede subordinada a un criterio que es externo al mismo –como el valor de la sensibilidad– se corre el riesgo de perder el contacto con la integridad de la materia que se imparte" (p. 186): importan más las reacciones personales o emocionales que el contenido intelectual, olvidando que la educación universitaria es, por definición, una "empresa arriesgada". Una nueva muestra de infantilización, donde la lectura es considerada como una fuente de perturbación emocional y trauma: el profesor universitario se convierte en un Maestro de Escuela, que debe guiar a sus discípulos por el camino recto, indicándoles sólo aquello que redundará en su bienestar mental y alejándolos de ideas incómodas o perturbadoras. Así, la madurez intelectual, la independencia de criterio, la autonomía de pensamiento, tantas veces invocadas de manera formal, quedan seriamente dañadas por esta nueva muestra de paternalismo. La Universidad convertida en un colegio de monjas, con todo nuestro respeto y cariño hacia ellas.

El capítulo 9, *Por qué la libertad académica no debe ser controlada*. *Una lanza contra el sacrificio de la libertad en pos de la seguridad*, constituye una reflexión y recapitulación que, como se indica en el título, adquiere la forma de un apasionado alegato en pro de la libertad académica y de la libertad de cátedra, que a tenor de lo leído en las líneas precedentes, se encuentran

seriamente amenazadas. A pesar de que formal y nominalmente las Universidades garantizan y promueven la libertad de cátedra de sus miembros, la realidad está llena de directrices, códigos de conducta y de expresión que coartan la libertad del docente en muchos aspectos de su actividad. El autor constata que las amenazas a la libertad académica y a la libertad de cátedra están “dentro” de la propia Universidad, y aquellas han perdido su estatus de principios fundamentales que deben gobernar la vida universitaria por su valor esencial. Y una buena razón está en lo que denomina “sistema de gobierno gerencial”. La gestión burocrática expresada en reglas, procedimientos de auditoría y de gestión de la calidad, llevan a un sometimiento de los docentes a rígidos guiones de comportamiento, que socavan el criterio profesional y el juicio intelectual en el desempeño de la labor académica. Y pone como ejemplo el tema de la introducción de la evaluación de los aprendizajes y la estandarización de las enseñanzas diseñados para supervisar y cuantificar, “rigurosamente”, los logros de los estudiantes, lo que sirve a su vez para evaluar la “calidad” de la educación universitaria. Como muchos de nosotros pensamos por aquí (pero quizás no somos lo suficientemente valientes o no tenemos el ánimo necesario para mostrar un mayor activismo en su contra, no se nos vaya a tachar de retrógrados) este sistema “introduce una forma de pedagogía que es directamente antitética respecto al ejercicio de la enseñanza académica libre y no concluyente” (p. 201). El final del proceso de enseñanza-aprendizaje debe ser abierto, tanto para el docente como para el discente, como abierto y ambiguo es el desarrollo de las ideas: “al exigir que el resultado del aprendizaje sea declarado por adelantado, esta técnica socava la libertad que la expresión intelectual requiere” (p. 211). Se trata de unas “prácticas gerenciales prescriptivas”, que someten la enseñanza a procedimientos y reglas que prometen “certidumbre”, como lo hacen en

última instancia otro tipo de reglas y normas de conducta aludidas anteriormente. ¿No ocurre así con ciertos requerimientos disparatados asociados a la elaboración de las llamadas “guías docentes” en nuestras universidades? Lo que pasa es que la libertad académica se convierte progresivamente en un valor en contra de la seguridad y el bienestar de los estudiantes, y por lo tanto en una suerte de “lujo negociable”.

La siguiente frase, casi al final del libro, condensa, a nuestro entender, la gravedad de lo expuesto en la obra: “Con excesiva frecuencia [los estudiantes] son educados para aceptar ideas que no les cuestionen ni inquieten. En vez de educarlos para que asuman riesgos y tengan una mentalidad independiente, se espera que asuman hábitos propios de unos individuos con aversión al riesgo y pasivos que necesitan que les protejan de todo perjuicio. Y sin embargo, el florecimiento de la educación superior necesita de individuos que vayan a la cabeza de su tiempo y estén preparados para buscar la verdad, sea adonde sea que esta le conduzca y no importa a quién ofenda” (p. 215).

En definitiva, un magnífico libro más que recomendable que deja un doble poso de satisfacción e inquietud a partes iguales. Satisfacción porque de su lectura se extraen grandes dosis de sabiduría y porque las tribulaciones que nos asaltan con frecuencia a los que llevamos ya algunos años en este negocio, ante el devenir de la docencia en la Universidad española, aparecen reflejadas y explicadas de una manera magistral, clara y precisa a un tiempo; inquietud porque si este es el camino que van a seguir nuestras universidades a no tardar (y dado que el mundo anglosajón ha estado siempre en la vanguardia de las novedades e innovaciones que se proyectan en nuestro contexto), oscuro y tormentoso se presenta su futuro (probablemente más que el del reinado de Witi-za).